

ÉRIC FRATTINI

ONU

HISTORIA DE LA
CORRUPCIÓN

 **Atanor**
DOCUMENTOS

Introducción

La Organización de las Naciones Unidas, o como comúnmente se la denomina, la ONU, ha sido desde su creación, hace más de seis décadas, un auténtico foco de conflictos. A pesar de ser creada en 1945 como una Organización transnacional capaz de arbitrar cualquier conflicto que surgiese tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, con el paso de los años, aquel sueño romántico se ha convertido en una pesadilla real, mastodónica y cara, extremadamente cara.

Campo de batalla durante la Guerra Fría, escenario de intereses políticos entre potencias, teatro de maniobras entre naciones para socavar la libertad de otras, ha puesto en las portadas de todos los medios de comunicación del mundo la pregunta que ya se hacía la revista Paris-Match en el comienzo de la década de los sesenta: «¿Para qué sirve la ONU?».

Con el paso del tiempo, la ONU se convirtió en lo que hoy es: uno de los mayores centros de corrupción en el mundo

occidental, según el Institute for Global Ethics. Las maniobras de las grandes potencias provocó un flujo de corruptelas en las contrataciones de funcionarios, en la definición de misiones o por el propio control de la Asamblea General y el Consejo de Seguridad, que aún hoy persisten.

La corrupción es la mayor carga con la que tiene que caminar una ONU herida, en su intento por establecer una nueva «geopolítica azul» en el mundo, y su actual secretario general lo sabe.

El periodista David Rieff, autor del libro *At the Point of a Gun: Democratic Dreams and Armed Intervention*, se preguntaba si las Naciones Unidas debían trazar un nuevo rumbo. A pesar de las malas relaciones entre el propio Annan y Washington, el secretario general vivió una oleada de apoyo incondicional internacional a su labor al frente de la ONU. Tony Blair, Jacques Chirac, Gerhard Schröder, Silvio Berlusconi o Vladimir Putin mostraron su simpatía y confianza a Kofi Annan.

Cada vez en mayor medida, la comunidad internacional estaba de acuerdo en que la ONU debía sufrir una reforma seria, no solo en el seno de su Consejo de Seguridad, sino también en su propia maquinaria burocrática. Está claro que la crisis que vive la Organización no es una cuestión particular de quien ocupa la Secretaría General, sino más bien de sus sistemas de gestión. De cualquier forma, Kofi Annan, ni el actual secretario general, Ban Ki-moon, no se han preocupado mucho de estas reformas hasta que los efectos de no haberlas realizado les han explotado bajo su propia nariz.

La dimisión de Ruud Lubbers, Alto Comisionado para los Refugiados, por su implicación en un sonoro caso de acoso sexual; la corrupción sucedida en el programa Petróleo por Alimentos gracias a su amigo Benon Sevan, director del programa; la intervención de su propio hijo, Kojo Annan, en el círculo de corrupción del programa Petróleo por Alimentos; o el reconocimiento de los abusos sexuales a niños cometidos por «casos azules» en la misión en la

República Democrática del Congo, o ahora en Haití. Tampoco ayudó mucho a Kofi Annan su discurso sobre la «tolerancia cero al abuso sexual» cuando por detrás decidía no continuar con la acusación de acoso sexual cometido por el Alto Comisionado para los Refugiados sobre una funcionaria del ACNUR.

A pesar de que la investigación de la OIOS demostraba la acusación contra Lubbers, Kofi Annan prefirió esconder las evidencias. Poco tiempo después comenzaban a aparecer más víctimas de Lubbers. Hasta cuatro. Días más tarde, la oficina del secretario general comenzaba a mostrar un cambio de posición en el apoyo al jefe del ACNUR, pero para Annan ya era tarde.

Tardó demasiado en condenar a su Alto Comisionado para los Refugiados; tardó mucho en condenar y ordenar una investigación sobre los abusos sexuales sobre niños en el Congo; tardó mucho en ordenar una investigación sobre lo que estaba sucediendo en el programa Petróleo por Alimentos; y, por supuesto, tardó demasiado en informar del papel de su hijo, Kojo, en el círculo de corrupción construido alrededor de dicho programa.

Una mayor transparencia no puede esclarecer, y mucho menos resolver, el dilema básico entre el compromiso de la ONU de representar a los pueblos del mundo, como indica su propia Carta, explica David Rieff. Quizá sea esta la razón esgrimida por un diplomático estadounidense cuando calificó las reformas de la ONU como «tiene el fracaso escrito en su ADN».

En su análisis, Rieff afirma que a fin de cuentas deben darse pasos positivos para abordar algunos de los síntomas de la enfermedad que sufre la ONU, pero también es más que probable que se encuentre una forma mejor de soportar dicha enfermedad que el curarla.

Kofi Annan deseaba dejar un legado en la ONU cuando abandonase su cargo y su despacho en la planta 38 del conocido como Palacio de Cristal en Nueva York: reformar el Consejo de Seguridad, con la ampliación sin derecho de veto, o reducir la pobreza de forma drástica antes de 2015.

De cualquier forma, y a toro pasado, fue fácil para el secretario general reconocer sin rubor errores del pasado y del presente. Desde declarar como una gran equivocación la pasividad de la ONU ante el genocidio de Ruanda cuando Annan ocupaba el cargo de responsable de las fuerzas de pacificación; reconocer que la guerra de Irak fue ilegal; que amigos suyos (Benon Sevan) habían ayudado al dictador Saddam Hussein a enriquecerse gracias a un programa de las Naciones Unidas; o que se equivocó al apoyar a Ruud Lubbers.

El 5 de diciembre de 2004, Kofi Annan decidió reunirse en secreto, como todo lo que sucede en la ONU, con un grupo de expertos en política estadounidense para que respondiesen a una pregunta sencilla: ¿Qué es lo que va mal en Naciones Unidas? La confirmación de la reunión secreta fue hecha por el propio Annan.

La reunión «privada» y «secreta» tuvo lugar en la noche del 5 en el apartamento que el exembajador de Estados Unidos ante la ONU Richard Holbrooke tiene en Manhattan. Todos los que asistieron a aquella reunión eran defensores del sistema de Naciones Unidas y de la labor de Annan. Los que acudieron a aquel encuentro estaban decididos a salvar al secretario general y acudir en ayuda de una organización herida de muerte. Para todos ellos estaba bien claro que las relaciones ONU-Washington no pasaban por su mejor momento, y más cuando un grupo importante de congresistas y senadores pedían la dimisión de Kofi Annan por su papel en el programa Petróleo por Alimentos.

El primer movimiento de Kofi Annan fue sacarse de encima a todos aquellos que le apoyaron en su política frente a Estados Unidos: Catherine Bertini, Pierre Halbwachs e Iqbal Riza, su jefe de gabinete. Pero esto no hizo que la recta final del mandato de Annan fuera menos cuesta arriba.

La revolución interna, la primera desde la fundación de la ONU, se desató cuando una división del sindicato de funcionarios de la Organización intentó hacer prosperar una resolución retirando

la confianza al secretario general. El texto de la resolución se consiguió suavizar, optando por arremeter contra toda la cúpula y pidiendo transparencia a la gestión.

«Votamos una resolución demandando la transparencia. Les hemos informado de la falta de confianza en la dirección», declaró Rosemarie Waters, presidenta del sindicato.

«Hace veinte o treinta años todos respetaban la bandera azul de la ONU, y ahora la situación es más peligrosa», afirmaba un miembro del sindicato. Los más veteranos critican que la ONU no tenga un papel más importante y más relevante, como por ejemplo cuando Naciones Unidas y Annan no reaccionaron de forma más contundente para condenar abiertamente el ataque de Estados Unidos sobre Irak. Muchos critican a Annan por haber vivido muy bien durante los nueve años en que fue secretario general, cerrando los ojos de forma conveniente ante la corrupción de los que le rodeaban, y por apresurarse, en la recta final de su mandato, a intentar introducir unas reformas con «calzador» para lavar su imagen.

En marzo de 2005, el secretario general presentó ante la Asamblea de las Naciones Unidas su programa de reformas, basado en cuatro puntos: Estructura, Desarrollo, Seguridad y Dignidad.

En el primer punto, Annan pedía a los países que reforzasen sus instituciones para hacer frente a los nuevos retos. En este capítulo se habla de la ampliación del Consejo de Seguridad de quince a veinticuatro miembros, aunque se deja la puerta abierta para otras opciones.

En el segundo punto, el secretario general hacía un llamamiento a los países ricos a que contribuyesen con el 0,7 por 100 de su PIB, antes de 2015, para reducir la pobreza. En este punto, Annan aseguraba que el sida era casi una amenaza tan grave como el terrorismo.

En el tercer punto, Kofi Annan defendía la seguridad colectiva ante las amenazas a la libertad, las guerras, conflictos, terrorismo

o armas de destrucción masiva. Para evitar nuevos conflictos, como el sucedido en el seno de la ONU con la guerra de Irak, se pedía una reforma para que el Consejo de Seguridad adoptase una resolución que estableciese cuándo se debía utilizar la fuerza. También el Consejo debía establecer el uso de la fuerza preventiva como mecanismo para preservar la paz y la seguridad en casos de genocidio, limpieza étnica y crímenes contra la humanidad.

En el cuarto punto, el máximo líder de la ONU establecía que la reforma de Naciones Unidas debía ser una ocasión para comprometer a todos los países con el respeto de los derechos humanos, las libertades fundamentales y la democracia. El capítulo más delicado de este cuarto punto era el de pedir el apoyo total y pleno al Tribunal Penal Internacional, además de la necesidad de reforzar el papel del Alto Comisionado para los Derechos Humanos.

Sin duda, todas estas son muy buenas palabras que en la mayor parte de los casos quedarán en solo eso, buenas palabras. Naciones Unidas —está ya bien claro— debe cambiar su estructura antigua, anquilosada y anclada en la posguerra. El propio Kofi Annan llegó a decir que «el prestigio de la ONU está en decadencia». «Menos documentos y cócteles y más acciones», piden los miembros de su sindicato. Lo cierto es que, cada vez en mayor medida, los errores cometidos en el cuartel general de la ONU en Nueva York, en sus elegantes despachos y salones, se pueden medir en número de muertos. Solo por poner algunos ejemplos significativos.

Inactividad de la ONU ante la crisis de Srebrenica, 8.000 muertos; inactividad de la ONU ante la crisis de Ruanda, 800.000 muertos; inactividad de la ONU ante la crisis de Sudán, 200.000 muertos. A estas escalofriantes cifras habría que sumar los más de doce millones de refugiados que circulan sin nombre por el planeta, los 20.000 muertos/día por causa del hambre, o los 40 millones de enfermos de sida.

«Es un plan que pretende asegurarse de que los compromisos adquiridos para luchar contra la pobreza se materializan, curar

las heridas suscitadas por la intervención en Irak y restaurar la credibilidad de la ONU», explicó Kofi Annan.

El 31 de diciembre de 2006, finalizaba la “lenta agonía” en lo que se había convertido el segundo mandato de Kofi Annan. El séptimo Secretario General de las Naciones Unidas abandonaba el edificio de la Primera Avenida de Nueva York con el premio Nobel de la Paz bajo el brazo, que se le concedió en el año 2001, «por su trabajo por un mejor mundo organizado y más pacífico», dijo el Comité Nobel, pero con una total ineficacia por su parte para haber podido luchar contra la corrupción dentro de la ONU.

El 1 de enero de 2007 accedía al cargo como octavo Secretario General de las Naciones Unidas el surcoreano Ban Ki-moon. Una de las primeras cuestiones a las que tuvo que responder era a sus creencias religiosas, cuando un medio de comunicación estadounidense acusó al nuevo líder de la ONU de pertenecer a la Secta Moon. Ki-moon no aceptó entonces hablar sobre sus creencias, debido a que como Secretario General de la ONU era «una cuestión inapropiada hablar de mis propias creencias en una religión o en un dios particular. Propongo postergar ese debate para otra oportunidad», dijo entonces. Por algo la prensa coreana le definía como “la Anguila”, por su gran habilidad a la hora de esquivar preguntas incómodas.

El 14 de julio de 2010, Inga-Britt Ahlenius, vicesecretaria general de la OIOS, la oficina encargada de vigilar, controlar y auditar los casos de corrupción en cualquier agencia de las Naciones Unidas, enviaba a Ban Ki-moon un memorando de tres páginas en el que se despedía de su puesto después de aconsejar al Secretario General un mayor esfuerzo en la lucha contra la corrupción.

«¿Están las Naciones Unidas ya en el camino correcto, siendo más transparente, más responsable?», se preguntaba Ahlenius en su memorando. «La respuesta es: No», respondía la misma responsable de vigilar los casos de corrupción dentro de la ONU en el documento. «No hay transparencia, hay una falta total de

Note to the Secretary General

End-of-assignment-report

I am grateful and honoured for the opportunity to serve the United Nations.

After having served my five years term as the Under-Secretary-General of OIOS, I hereby submit my End-of-assignment-report.

Such a report is not mandatory for the Under-Secretary-Generals. However, I believe, that in particular for the USG/OIOS, it is important to submit an End-of-assignment-report on observations and conclusions, as OIOS is specifically established to assist the Secretary-General in his oversight responsibility of the Secretariat and with the overall purpose to enhance transparency and accountability and contribute to high efficiency, effectiveness and goal fulfilment in the Organization. As such it should be seen as a duty for the USG/OIOS to submit his/her End-of-assignment-report.

I feel compelled and duty bound to report the following conclusions of my report, which evolves around the question I put on its first page:

Is the United Nations now on the right path, more transparent, more accountable?

I address this question under four main headlines: Transparency, Accountability, Oversight and Management of Reforms.

My conclusion and answer follows from my detailed review of certain core aspects of the Organization.

In spite of all your good intentions pronounced in these respects, my answer to this question is regrettably: **No**

And at the end of my report I summarize my observations:

There is no transparency, there is lack of accountability. Rather than supporting the internal oversight which is the sign of strong leadership and good governance, you have strived to control it which is to undermine its position. I do not see any signs of reform in the Organization.

In more general terms I draw some conclusion on the situation in the Secretariat.

Página 1/3 del memorando enviado por Inga-Britt Ahlenius, jefa de la OIOS, al secretario general Ki-moon. En el documento asegura que la ONU no está en el camino recto hacia la transparencia y la responsabilidad.

Change is difficult, especially in an organization as large and diverse as the United Nations. Change often meets with resistance. Not everyone will agree on the right policies or direction of this change. Almost inevitably, some will attack the Secretary-General's efforts as "interference" or an infringement of their privileges or powers. But change is necessary. In our current situation, business as usual is not an option. That, more than anything, is a prescription for irrelevance.

We perceive Ms. Ahlenius' report in this context. We are naturally examining the substantive elements of the report very closely for what lessons we can learn from it.

Turning to the points you raised, you state that your article will focus on her assertions that the Secretary-General undermined her work and her independence on two fronts: firstly, by seeking to establish a new investigations apparatus under the authority of the UN Secretariat; and secondly, by blocking her ability to recruit senior staff, particularly Robert Appleton as Director of the Investigations Division, OIOS.

i) The investigations apparatus

OIOS was established by the General Assembly in 1994 and, as set out in its founding resolution, only the Assembly can amend the mandate and structure of OIOS. The current process to review the investigative function was one initiated by Member States during the 2005 World Summit when it was decided that the expertise, capacity and resources of OIOS in relation to audit and investigations should be significantly strengthened. This resulted in OIOS conducting a review of its Investigations Division. The results of that review were presented to the General Assembly as an annex to the Secretary-General's report in December 2007 (A/62/582). The Secretary-General's report commented on some of OIOS' proposals and suggested that a complementary review be conducted to ensure that the strengthening of the United Nations' investigative function take into account lessons learned and best practices of similar bodies which also conduct investigations within the wider United Nations system. It was anticipated that the results of such review would then be presented to Member States for their consideration. This would be a long-term and forward-looking process. The Secretary-General is keen to assist Member States in their structural review of OIOS. Accordingly, in the interim, the Secretary-General has been working internally with relevant departments, in close consultation with OIOS, to look at possible improvements in the investigative function beyond OIOS, in areas not within its purview. This reform process is ongoing with the full support of OIOS.

Página 2/6 respuesta del Secretario General a la jefa de la OIOS a través de su jefe de gabinete. Este indica a la jefa de la OIOS: «...algo inevitable son los ataques contra los esfuerzos del Secretario General y que se ven como una interferencia o una infracción de sus privilegios y poderes».

rendición de cuentas. En vez de apoyar la supervisión interna, que es el signo de un fuerte liderazgo y una buena administración, se ha esforzado para que el propio control socave la posición de control que debe llevar a cabo mi departamento (el OIOS). No veo ningún signo de reforma en la Organización», escribía Inga-Britt Ahlenius, vicesecretaria general de la Oficina de Servicios de Vigilancia Interna (OIOS). Después de firmar el documento, sencillamente se fue.

La respuesta al memorando de Ahlenius llegó el 19 de julio de 2010 desde el gabinete del Secretario General, firmada por Vijay Nambiar, su jefe de gabinete. El documento de seis páginas hacía un repaso de las funciones y deberes de la OIOS, pero una frase al inicio de la página dos viene a resumir todo lo que sigue siendo igual en las Naciones Unidas. «Cambiar es difícil en una organización tan grande y diversa como las Naciones Unidas. Los cambios a menudo encuentran resistencia. Algo inevitable son los ataques contra los esfuerzos del Secretario General y que se ven como una “interferencia” o una infracción de sus privilegios y poderes. Pero el cambio es necesario», escribe Nambiar.

La cuestión está en que secretario general tras secretario general, la casa sigue sin barrerse y ninguno de los ocho que se han sentado en la oficina de la octava planta se ha atrevido jamás a luchar seriamente contra la corrupción. Muchos incluso no solo la han apoyado y protegido, sino que también se han beneficiado de ella.

Naciones Unidas tiene la obligación de luchar contra las lacras que castigan nuestro planeta, pero también sus máximos líderes tienen la obligación de luchar contra las enfermedades que afectan a la Organización: corrupción, malversación, acoso sexual, abusos sexuales, pederastia, nepotismo, amiguismo, derroche, estafas, despilfarros, torturas, sobornos, mala gestión y catastrófica administración que han cometido funcionarios y soldados de la ONU.

Cuando esto se consiga, tal vez, y solo tal vez, los ciudadanos volveremos a tener fe en lo que Naciones Unidas simboliza.

Por último, y a título personal, quiero subrayar que este libro no es un texto histórico sobre Naciones Unidas. Es un pequeño pero importante capítulo, dentro de la larga historia de Naciones Unidas. Toda la información que en él aparece es real. Como fuente de información he utilizado incluso documentos «clasificados» facilitados por funcionarios de la ONU interesados en que se hagan públicos. Este libro es también un homenaje a todos los miembros del personal de la ONU que continúan realizando su dura labor, incluidos «cascos azules», e incluso perdiendo la vida en muchos rincones del planeta. Ellos son el verdadero espíritu de lo que la Carta de la ONU expresa.

ERIC FRATTINI